

El hotel de la ballena verde



Imagen: Juan Carlos Jiménez

Por Ana Vásquez- Bronfman

—¿Prego? ... Paolo Rossi, de Milano. Pablo firmó acordándose de la risa del camarada que fabricaba los pasaportes. —Pablo Rojas, Paolo Rossi, así estaremos seguros de que no se te olvidará tu nombre italiano.

—¿Cuántos días se queda, señor Rossi?

— Hasta mañana.

Un hotelucho con un nombre imposible, lleno de consonantes, pero que tenía, junto a la puerta de entrada, una pintura representando una ballena verde saltando del mar. La ballena era desproporcionada, como un dibujo de niño, con una mueca, casi una risa, que la volvía simpática. Las ballenas no han sido nunca verdes, un toque de fantasía. Por eso entró. Escaleras empinadas, un cuarto lúgubre, la ventanita dejaba ver un pedazo del Amstel.

Suspiró soltándose los cordones de los zapatos. A la larga la vida clandestina cansa, un esfuerzo de identidades trucadas que hay que recordar, siempre alerta para responder naturalmente al nombre del momento, rutina de precauciones impostergables. Detectar un escondite en la pieza. Tanteó el reborde de la ventana. Ningún hueco. Miró en torno suyo. El conducto de ventilación. Se subió a la cama para verificar, fácil sacarlo, no hay tornillos. Okey, ahora podía descansar.

Mañana dejaría la maleta en la consigna de la Central Station, iría a comprarse un sombrero. Con la pipa y los anteojos de marco metálico se transformaría en Herr Pratter. Se tumbó vestido arriba de la cama. Hasta las aventura pueden llegar a ser monótonas, tendría que volver a comer al mismo Bigmac insípido... no podemos darte más plata, tenemos que ahorrar... Aunque no quisiera hacer comparaciones, no podía dejar de sentir que hay una diferencia entre un dirigente clandestino y un simple militante, por muy clandestino que sea. El año pasado, Pablo tuvo que acompañar a Daniel. —Necesita un guardaespaldas, le explicaron. Mínimas normas de seguridad, no puede viajar solo. Y callaron lo que Pablo sabía, que el dirigente hablaba cualquier idioma que no fuera el castellano con un acento espantoso, que se perdería en Amsterdam o en Berlín. Con Daniel se instalaron en el Hotel de l'Europe, frente al canal. Cuatro estrellas. Y comieron en el Rembrandtplein, comida indonesia, aún recordaba esos sabores inéditos. Algo excepcional. Porque a los que viajan constantemente no les pueden dar más. Y esas noches inevitables de Amsterdam, lugar donde se borran las pistas, punto muerto obligado. Vagar solo entre los

grupos de turistas, sin ganas de mirar por enésima vez las putas en las vitrinas, ni de volver a subirse a la lancha que lo pasearía por los canales, ni de visitar a Van Gogh envasado en el museo. Incapaz de soportar las sonrisas rubias, *beg your pardon, sorry...* por qué no mandarán a otro, todos se mueren de ganas de viajar, me envidian. Si supieran lo aburrido que es andar siempre solo, desconfiando de las amistades de viaje (no olvidar las reglas de seguridad), mirando y re — mirando las vitrinas sin comprar jamás, encerrándose en el cine para distraerse con cualquier cosa. Evitar sobre todo de acordarme de Eliana y de Pablito, porque entonces me envuelve una tristeza pesada, y empiezo a preguntarme si todo esto vale la pena. Pobrecita, con el suegro quejándose, que donde está Pablo, podría traer algo de plata, acaso no sabe lo difícil que está la situación. Y la abuela, déle que el pobre niño, sin ver nunca a su Papá, en qué andará, un irresponsable. Al principio lograba transmitirle su entusiasmo por la Resistencia, cualquier sacrificio. Cinco años... Ella empezó admirándolo: mi hombre, un héroe. Pero ya no aguantaba más, se le notaba, aunque hacía todo lo posible para que él no se diera cuenta.

El vozarrón resonó hasta el último piso del hotel. Pablo saltó de la cama y corrió a asomarse a la caja de la escalera. ¡Policía! ¡Control! Calmadamente, como esos actores que han ensayado tanto su papel que, en cuanto oyen la señal para entrar en escena, empiezan casi automáticamente a representar su personaje, Pablo volvió a su pieza y cerró la puerta. Sacó los pasaportes, se subió encima de la cama y con

un gesto preciso los metió en el conducto de ventilación. Se puso el pijama y se acostó.

Cuando la policía llegó a su pieza, encontraron al señor Rossi somnoliento y algo atontado. —Buscan drogas, se excusó el hotelero, espero que comprenda... —¿Su pasaporte? Tenga la bondad de abrir la maleta... ¿Es todo lo que tiene?

Esperar un par de horas antes de retirarlos de su escondite. Agotado por la tensión. La Ballena Verde, hotel de mala muerte, la próxima vez iré a otra parte. Como se van a reír los compañeros mañana, cuando les cuente: — ...Allá no te sigue la policía, y te viene a tocar un allanamiento en Amsterdam... La anécdota del viaje.

Salió al pasillo, los pasajeros comentaban, volvían a sus piezas, ya se fueron. Pablo se encerró con llave y se subió arriba de la cama. Metió la mano en el hueco. Los pasaportes se habían deslizado hacia el fondo, apenas lograba tocarlos con la punta de los dedos. Decididamente, un viaje con mala suerte. La silla resultó demasiado inestable. Todo me sale mal. Levantar la mesa —entre escritorio y repisa para maletas — instalarla arriba de la cama y subirse reteniendo la respiración. Si me caigo voy a hacer un ruido espantoso. Se sujetó del techo, metiendo la mano hasta el fondo del hueco. Los pasaportes incrustados en algo blando, ojalá no sea una rata muerta, con lo sucio que está el hotel... Venció su repugnancia para poder tocarla nuevamente, más bien parecía una bolsita, tiene algo así como piedras. Se miró los dedos sucios. Un conducto de ventilación que no se usa. Sacó los pasaportes

lentos de polvo y vaciló. ¿Quién dejó la bolsita? Seguro que la estaba escondiendo. Vaciló nuevamente, indispensable saber lo que tiene.

Ordenó la pieza, sacudió los pasaportes y los guardó en el doble fondo del maletín de mano. Entonces se acordó del saquito.

Pablo se refregó lo ojos, pestañeó varias veces, se levantó a mojarse la cara en el lavatorio amarillento al lado de la cama. Alucinación o pesadilla. Metió de nuevo la mano y sacó una de las piedrecitas haciéndola brillar al girar los dedos: un diamante. No podía ser otra cosa, nadie se daría el trabajo de esconder pedacitos de cristal. Estiró el cubrecama y volcó el saco: sólo diamantes, sin montura pero tallados. Enterró los dedos entre las piedras acordándose del tío del Pato Donald, revolcándose en los cerros de monedas de oro. Probablemente un robo, pero ¿cuándo? Examinó el saquito, cubierto de una gruesa capa de polvo. Un año o dos, más tal vez. ¿Quién sabe qué le pudo pasar al que lo escondió? Estaría preso, o tal vez muerto. Pobre tipo, cada uno arriesga el pellejo como puede compadre, tú por los diamantes, yo por la resistencia...

Y yo... ¿qué hago ahora con los diamantes? Entregarlos al Partido por supuesto. Pero el Partido no es una idea, es gente, y, ¿quién representa al Partido? En ningún caso Daniel, viejas rivalidades, por qué no confesarlo, incluso un resentimiento, difícil de tolerar, tan "niño bien", conoce a "todo el mundo", asume el puesto de dirigente como si

fuera su lugar natural. Veía su sonrisa, labios golosos de bebé regalón. No, a Daniel no. Nunca.

De repente se dio cuenta que se había transformado en alguien parecido a Dios, los diamantes eran "poder". Él decidiría a quién, dentro del Partido, le entregaría los diamantes, y ése —porque podría usar el saquito mágico como quisiera — se transformaría en el líder indiscutido. Destronar a Daniel, dárselo a la dirección en el exilio. Pero cada vez que venía a Europa encontraba al Loncho más suspicaz, más crítico frente al trabajo del interior. Casi casi fraccionalista. Daniel con sus modales de aristócrata, las insidias agresivas del Loncho, ¿quién simboliza mi Partido?

Y, ¿en cuánto se puede vender cada diamante? Ninguna idea. Noventa y siete diamantes. Los contó varias veces.

Si me guardara unos pocos podría mandarle plata a Eliana. Una compensación por lo menos, porque es cierto que he sido un mal marido. ¿Y yo? So me dejara algo para mí. Noventa para el Partido y siete de Pablo Rojas. Me compraría un abrigo de tweed inglés como el de Loncho, y un chaleco de esa lana suavcita que le gusta tanto a Daniel. Y...

Inútil tratar de dormir cuando a uno se le cae encima el destino de esa manera. Pablo era abnegado pero no ingenuo, nunca ambicionó plata, pero se daba cuenta que los que la tenían transitaban por la vida

rodeados de facilidades y de las sonrisas admirativas de los demás. Importante. Daniel contaba con su riquísima familia como un colchón amortiguador, si no trabajaba, si nunca ganaba un peso, aun si lo mataban, no pasaba nada. Claro que Daniel era valiente. Pero, podía permitírselo. Si le tocara a Pablo, Pablito y la Eliana quedarían desvalidos. Todos dicen que Daniel tiene cojones. Y de mí, ¿qué dicen?

¿Quién me va a creer la historia de los diamantes? Se van a reír de mí. Inverosímil. Aunque les dé todo, más de alguno dirá que de todas maneras me guardé la mayor parte. Otros correrán el rumor que me compró la CIA, o la Dictadura, que me están usando como un ariete corruptor. Nada me obliga a decirles, nadie sabe que los encontré. Pero, ¿cómo no usar ese dinero en el gran combate en que todos estaban comprometidos, cuántas cosas podrían hacerse: armas, sueldos para los funcionarios, una buena imprenta...

El señor Rossi se levantó temprano, bajó su maleta: —Disculpe, señor, por el allanamiento de anoche... desagradable... el buen nombre del hotel... —Comprendo, no se preocupe, la policía tiene que hacer su trabajo. Sí, sí, volveré en mi próximo viaje.

Una última ojeada a la ballena verde, le pareció que se reía y le guiñaba un ojo. Jurarse que no volvería. Dijo que tomaría un taxi en la esquina, para el aeropuerto, pero se fue a pie a la estación. Dejó la maleta en la consigna automática y caminó hasta la calle Rokin. Un

diamantero al lado del otro. Buscó una tienda chica, sólo el dueño detrás del mesón: —Quisiera que tasara esta piedra.

El hombre se sentó suspirando, como si estuviera enfermo, se puso unos anteojos especiales y tomó el diamante con unas pinzas, moviéndolo bajo la luz. Resoplaba. Los minutos transcurrían gota a gota, despacito, mientras Pablo, acostumbrado a controlarse, seguía de pie, aparentemente impasible. Pero sentía un nudo en el estómago y el sudor helado que se le deslizaba por la nuca: si llegara la policía... pero, no tienen por qué venir: esta tienda es legal, nadie sabe que estoy aquí, en el hotel dije que iba a Schipoll. Tranquilo, Pablo.

—Hasta tres mil quinientos... si lo quiere vender, yo podría pagarle tres mil dos.

—¿En qué moneda está hablando?

El diamantero le echó una mirada por encima de sus anteojos: — En dólares, por supuesto. Pablo no contestó, calculaba, noventa y siete... El diamantero interpretó su silencio como un desacuerdo: —En fin, si tuviera otros podríamos discutir un precio global... pago en efectivo.

Pablo vendió cuatro diamantes. Trece mil dólares. Y miles de escalofríos. Cruzó la calle, dobló la esquina y entró en el primer bar: — Un cognac doble. Muchas veces Pablo tuvo que viajar con miles de

dólares, por eso lo enviaban a Europa. La cantidad no le impresionaba. La diferencia esta vez era que nadie lo sabía. —Otro cognac. ¿Y ahora qué? ¿Decidir cuánto les daría? ¿Y a quién? ¿Daniel o el Loncho? Pero antes, lo inmediato, vender otros. No hay mejor lugar que Amsterdam para negociar diamantes.

Partió con 57 mil dólares, el valor de quince diamantes. Volvió al baño de la estación, se puso corbata, anteojos, destruyó las hojas del pasaporte Rossi, envolvió las tapas en un papel grasiento con sobras de papas fritas y lo botó en un basurero de la calle. Benditos países con obsesión de limpieza, hay un basurero cada veinte metros.

El bus de la KLM lo dejó en Schipoll. Mesón de Suissair: —El próximo vuelo para Zurich. Un pasaje por favor. —¿A qué nombre? —Pratter, Karl. Esperó vigilando de reojo el gran hall del aeropuerto. Nada anormal. Tenso desde la punta del pelo hasta los dedos de los pies. Esperar dos horas, temiendo que la policía irrumpa de un momento a otro. Visiones de pesadilla, el dueño del hotel de la Ballena Verde, los diamanteros, la Interpol. Tratando de tranquilizarse porque Herr Pratter, con sus anteojos y su maletín de hombre de negocios, no se parecía para nada a Paolo Rossi.

Zurich, tres y media. Taxi. El banco de las cuentas numeradas. En Suiza la plata no tiene olor, mientras más deposita uno, menos preguntas le hacen. —Una cuenta doble Pablo Rojas y/o Eliana Rojas. Cincuenta mil... ¿Los intereses? Hágale llegar mensualmente 500

dólares a la señora Rojas. Aquí está la dirección. El resto lo deja en una cuenta, a mi disposición. Necesito además una caja fuerte. El funcionario lo acompañó, pomposo, —lo dejo solo, señor. Una última mirada al saquito...

Cinco de la tarde, llovizna. Instalarse en el Hilton. Correr a la Bahnhofstrasse: el abrigo de tweed. Mucho más caro de lo que pudo imaginárselo, ¿de dónde sacó la plata el Loncho para comprarse un abrigo como ése? Y un paraguas. Cruzar a "Bruno's" por el chaleco de cachemira. Se miró en el espejo: los zapatos desentonan. La zapatería estaba cerrando pero lo atendió el dueño, obsequioso: —Tome su tiempo, señor, el cliente es rey. Evidente, cuando paga noventa dólares por un par de zapatos. —Los llevo puestos, tire los otros.

La plata no es esencial, pero que se camina bien sobre estos zapatos. Y qué bien lo tratan a uno cuando parece millonario. Pablo se encontró imitando las sonrisas condescendientes de Daniel, dejando, afable, una propina igual al precio del plato que comió anoche en Amsterdam. Me estoy acostumbrando, pensó, asustado.

Berlín, —¿Por qué te atrasaste? —Un problema en Amsterdam, allanaron el hotel. —Pensamos que ya no venías. —Hubiera avisado. Sonrisa irónica — —Se han vuelto tan prudentes en el interior... Una reunión desagradable, cargada de implícitos, retorcida de agresividades latentes. Insinuaciones sobre la vida privada de Daniel que Pablo hubiera tolerado en otros contextos, pero que ahora no podía

permitirle al Loncho. Discusiones imbéciles. —¿Dónde te compraste ese abrigo, Pablo? Es igual al mío. —¡Y a vos qué te importa! —¿Y los zapatos? —¿Quieres que te muestre los calzoncillos también...? —¿Por qué pararon los atentados? —Un repliegue, los militares... —¿Y para qué nos piden tanta plata? ... total, allá no pasa nada... Dos días esperando la ocasión favorable, la conversación amistosa donde hubiera podido contarles.

Pero para la directiva en el exilio Pablo representaba a Daniel, desconfiaban de él. Volvió con su secreto, en realidad, los que necesitan la plata son lo que corren riesgos adentro.

Latinoamérica de nuevo, los olores, los mendigos, el miedo constante que te agarren, que rodeen el café de la estación donde estoy con Eliana. Alerta siempre. Ella, una sonrisa, la expresión incrédula: — ¿Para mí? Pero Pablo... qué cosa tan linda. —... Y un juguete para el niño, dile que se lo manda su Papá. —Qué contento se va a poner, siempre le hablo de ti, el Papito está de viaje... Satisfacción enorme, gigantesca, años sin regalarles nada. Como si ahora pudiera respirar más hondo.

Reunión informativa con los compañeros de la Dirección. Pablo resumió las críticas. Polémica enconada, nadie está de acuerdo. Fraccionalistas. No, desinformación. Pero nos acusan de cobardes. Es que la práctica... —Y Gramsci dice... —El Che cuando se fue a ... — ¡Hasta cuándo! Escuchen: quiero decirles... —Cállate. Pablo. No

interrumpas. —Pero es importante... —No no, primero la discusión política y después los problemas personales. Espera.

Entonces ellos pasan horas discutiendo mientras yo me arriesgo como un pelotas. Y Daniel ahora se pasea con un libro en el lugar de la pistola, y cita a Gramsci a cada rato, y me mira como si yo fuera un imbécil. Los observo uno a uno, ¿cómo me ven? un aventurero sin capacidad teórica, honesto pero limitado. Jodiéndome la vida por la revolución y por ellos, porque revolución igual partido, y estos ocho tipos "son" el partido. —Bueno, dijo Daniel, tenemos que separarnos, las reuniones largas son peligrosas. A propósito, ¿qué querías decirnos, Pablo? Algunos ordenaban sus papeles, y otros ya estaban de pie. —No tiene importancia. Dolido por la testarudez e indiferencia de los compañeros. Será para la próxima reunión. Incubando una tonelada de resentimiento, porque quizás la sonrisa de Daniel era burlona, y este otro hizo como que no me veía para no saludarme, y el de más allá esbozó un gesto de desagrado cuando pedí la palabra, y me hacen callar... y no se imaginan cómo podría cambiar todo si me hubieran escuchado.

Nadie sabe dónde está la frontera entre los hechos —tal como se producen — y la interpretación que les damos. Las frases y los gestos existieron, eran tal vez agresivos, pero también reflejaban el fastidio que sienten todos los que pasan la vida en reuniones y sospechan que alguien las alarga inútilmente. Nadie estaba seguro que el Loncho fuera fraccionalista, pero, ¿y si lo fuera?... Entonces el silencio de Pablo se

justificaba. Quizás Daniel tenía actitudes arrogantes, pero sus frases, duras como cuchillazos, tenían más de un destinatario. Y si por su parte Pablo sentía que lo subestimaban, muchos compañeros lo consideraban un privilegiado, el "correo" del Partido. Sólo porque habla cuatro idiomas. Una injusticia.

Si Pablo entregaba los diamantes, Daniel los capitalizaría. ¿Por qué tenía él que pavimentarle la carrera de dirigente a Daniel? ¿Qué impedía que Pablo también tuviera una dimensión de líder?

Pasaban los meses, poco a poco Pablo cambiaba, una nueva confianza en sí mismo. No entregó los diamantes, pero "sabía" que existían. La muerte dejó de obsesionarlo, se sentía seguro. Se hacía cargo de operativos cada vez más audaces: volar las torres de alta tensión de una provincia entera. Cubrir en una sola noche los muros de la ciudad con lemas de la resistencia. Asaltar cuarteles. Su prestigio crecía en la misma medida en que aumentaba y se tornaba más aparente su animadversión hacia Daniel y la Dirección. Y empezó a pensar en los diamantes como en "sus" diamantes. Porque, dejémonos de cuentos, ¿acaso no fui yo el que los descubrió, los transportó, vendió algunos, los depositó? Una operación concebida y efectuada sin ayuda. Legítimo propietario. Pero, siempre hemos afirmado que el dinero corrompe, que los ricos son explotadores por definición. Se hubiera dado asco a sí mismo si de un día para otro se transformara en un millonario. No, no sería un tráfuga. Si conservaba el secreto de los diamantes era porque nadie mejor que él sabría utilizarlos para la

"buena" causa. Le bastaba con saber que existían, allá en la caja fuerte del banco de Zurich, y entonces podía soportar el agotamiento y las humillaciones (reales o imaginarias), afrontar los riesgos. Se sentía incomprendido en sus esfuerzos y con más y más frecuencia soltaba frases sarcásticas. —Es valiente pero insoportable, comentaban los compañeros. Respetado y temido, mucho más solo que antes, en esos segundos terribles que precedían los operativos que Pablo organizaba y dirigía personalmente.

Pequeños elementos que se van sumando en una relación cotidiana plagada de incomprensiones. —Pablo, estás muy cansado, corres peligro... y nos arriesgas a todos (Están celosos porque ellos no se atreven y las bases me admiran). —Ayer dos compañeros estuvieron a punto de caer por tu porfía. —Alguien me delató. —Nadie te delató, Pablo, eres un imprudente. Murmuraban que era un irresponsable, incluso decían que era suicida. Pablo interpretaba los rumores como la materialización de su rivalidad con Daniel. —Te quieres morir como un héroe, imbécil, pero los otros no quieren que los maten contigo. — Ustedes son unos cobardes, se acomodaron a la dictadura. Contradicciones que se agudizan inevitablemente hasta llegar a ser intolerables. —Pablo, en el atentado de anoche hiciste peligrar toda la organización. No puedes seguir. Estás mal.

Era cierto, pero también no lo era. La orientación política cambiaba. Daniel representaba el grupo que proponía el abandono progresivo de la línea militar, por lo menos en esa etapa. Mientras que

la audacia legendaria de Pablo hacía de él un símbolo de la lucha armada. El hombre más buscado por la policía. El héroe. Los compañeros de la Dirección decidieron que tenía que salir del país por un tiempo. Tal vez un año.

Quizás los acontecimientos se encadenan a veces en función de aquellos oscuros deseos que no nos atrevemos a reconocer como nuestros. Pablo estaba realmente desilusionado, triste por este viaje impuesto que sentía como un destierro. Pero de alguna manera sabía —aunque no quería saberlo nítidamente — que era lo mejor que podía sucederle, y que al echarlo, moralmente lo estaban autorizando a "vivir su vida", a usar los diamantes para sus propios intereses. Tal vez sin quererlo había provocado este desenlace que lo liberaba de todas sus lealtades. Ahora los diamantes eran sólo suyos. —Acepto, pero me voy con Eliana y el niño. —Conforme.

—Pablito no puede irse antes de fin de año, dijo Eliana, tiene que terminar el colegio. —Entonces, vámonos solos... una luna de miel, como si empezáramos de nuevo... los ojos de Eliana brillaban como estrellas: —Siempre he soñado con Amsterdam, pasear por los canales, recorrer las callejuelas...

—No podemos partir juntos, nos pescarían a la salida.

Pablito viajaría más tarde con la Abuela. Eliana se inscribió en el Club de Jardines. Dentro de un mes, un grupo de socias visitaría la

Floreál de Amsterdam y los campos de tulipanes. —¿Y cómo me separo del Club, después? —Cuando estés allá encontraremos un pretexto, un pariente enfermo, cualquier cosa. —¿Y tú? —Yo me las arreglo siempre, no te preocupes. Y ahora se condensaban todos los miedos que logró reprimir durante esos años. Si me agarraran porque...

Se instaló en la Biblioteca Municipal. Era ahí donde se sentía más seguro, podía pensar tranquilo, prever de donde podría venir el peligro. ¿Cuánta gente conoce el nombre que tengo en el pasaporte con que voy a viajar ahora? ¿Habría infiltrados a ese nivel? Pescar a "Pablo el Rojo", como le decían, le serviría al General para recuperar prestigio. Una corazonada. Partir solo y que nadie supiera cómo ni por cuál frontera.

Se despidió de Daniel y esa misma tarde tomó el autobús turístico para Sao Paulo, cientos de horas de viaje. Con su propio pasaporte: Juan Pablo Rojas, y con el cuerpo contraído de angustia, y ese dolor conocido de su vieja úlcera.

La frontera. Un puesto chiquito, sin importancia, sólo dos policías. El chofer se bajó con los pasaportes de todos sus pasajeros. —¿Algún extranjero? —Dos estudiantes franceses. El policía timbró los dos pasaportes y no miró los otros. —Okey, ¡Pasen y buen viaje!

Epílogo

—Esta lloviznando igual que la última vez que vine. —¿Cuándo fue? Volvían abrazados caminando desde el Rembrandtplein. Dos enamorados. —Ya no me acuerdo. Pero las imágenes volvían nítidas: La Ballena Verde. —Vamos por esta calle, te quiero mostrar las tiendas de los diamanteros. —No sabía que hay diamanteros en Amsterdam — Es el centro mundial de los diamantes. —No tenía la menor idea. Increíble que no sospechara nada. Se detuvieron a mirar las vitrinas, Pablo le explicó cómo se determinaba la calidad de la piedra y el valor del tallado. Ella lo escuchaba asombrada: —Nunca hubiera pensado que eres un entendido en diamantes.

Como una oleada, un deseo insostenible de contarle todo, de compartir el secreto: que nunca existió la tal beca, que la plata que le entregaba mensualmente el banco era porque... —Quiero contarte una cosa que me pasó, vamos por esta calle, fue la última vez que vine...

Doblaron la esquina y Pablo se detuvo vacilando. Todo estaba distinto. La calle muy iluminada, un parlante con música atronando, un MacDonald al lado de un Burger. Junto a un edificio casi en ruinas, solo estaba en pie el primer piso, ocupado por una venta de salchichas. —Entonces, ¿qué te pasó en Amsterdam?... —Espera.

Se acercaron a la venta: delante del muro, en la vereda, un mesón y una cocinilla. El vendedor les ofreció un hot-dog. —¿Se quemó este

edificio? —Hace años... ¿Usted lo conocía? ... era un hotel. Mientras llenaba los hot-dog de mostaza y se los servía envueltos en papel. — ¿Un accidente? —No sé, creo que al dueño lo mataron... un arreglo de cuentas. —Bien, ¿cuánto le debo?

—Pero cuéntame lo que te pasó, insistió ella, dejando caer disimuladamente el resto de la salchicha grasienta. —Casi no me acuerdo, no tiene importancia... Y volviéndole la espalda a la ballena verde, manchada y borrosa con la grasa de la fritura, se fueron caminando lentamente hacia la esquina.

París, 1982

El cuento “El hotel de la ballena verde”, de Ana Vásquez-Bronfman, fue proporcionado por la escritora Virginia Vidal.

Ana Vásquez-Bronfman, Nicha Bronfman: una chilena en París

Por Virginia Vidal



Ana Vásquez, nombre de pluma de Ana Bronfman, escritora muy representativa de los años ochenta, la mayor parte de su obra la escribió en el exilio. Murió en París el 19 de noviembre de 2009.

Psicóloga chilena residente en Francia desde que salió al exilio, exonerada de su cargo de profesora universitaria, al ganarse el Premio del Consejo Nacional del Libro 1999 con *Los mundos de Circe* (Editorial Sudamericana), corrió el riesgo de dejar de ser una autora de obras “de culto”, muy admirada y conocida sólo por unos pocos lectores, para ser apreciada no sólo por esta novela erótica y gozosa, plena de gracia y humor, sino también por toda su rica escritura.

Su vasta trayectoria comienza con *Los búfalos, los jerarcas y la huesera*, muy mal vista por todo el exilio chileno que no podía aceptar la percepción testimonial y sin la menor idealización de los refugiados en una embajada inmediatamente después del golpe de 1973. Primero salió en francés como *Les bisons, les bonzes et le*

dépotoir (1977), y sólo diez años después vio la luz en castellano (Galinost, 1987).

Abel Rodríguez y sus hermanos (1989) trata de la traición de que delata a su hermano y lo manda a prisión, basada en una historia real. Lo publicó la Gaya Ciencia en España y Des Femmes en francés. Después apareció en Chile (Melquíades).

Sebasto's angels la escribió con su hijo Cacho, poeta, compositor y cantautor. Esta novela sólo fue publicada en francés en 1985, refleja la rebelión de los hijos de exiliados no dispuestos a vivir subyugados por los iconos, ritos y mitos de sus padres.

Mi amiga Chantal (Lumen,1991) es la compleja historia de amor de un francesa que viene a trabajar a Chile, durante la reforma universitaria y se reencuentra con una colega chilena de origen judío. Ésta debió partir al exilio en Francia con su numerosa prole. Hija de sobrevivientes de *pogroms* que creyeron hallar en nuestro país el anhelado territorio de paz y seguridad para fundar su familia, siente que rehace el camino de sus padres.

Ha sabido expresar literariamente la sexualidad oponiéndose a la sexualidad en el cine como contrapartida a la sexualidad en general. La imagen visual se contradice con la realidad en lo emocional y sensorial, distorsión que entra en las costumbres. Se abusa de la violencia: rasgar ropas, rodar por el suelo, agredir.

La emigración y el exilio son sus temas recurrentes.

Las jaulas invisibles (Lom 2002) tiene que ver con la historia de la migración judía y también la migración interna de acá: el caso de su mamá, de origen campesino, a quien reconoce la inmensa ayuda que le proporcionó y le permitió escribir. Su madre llegó con sus padres en la primera migración, a consecuencia del *pogrom* de 1903 en Rusia. Después llegó quien sería su padre.

Crímenes de Mujeres (Catalonia, 2004) fue el fruto de una gran complicidad (juntas hicimos el prólogo y la selección de cuentos de mujeres latinoamericanas, de España y Portugal). Autoras: Lucía Guerra, Mónica Mansour, Cristina Norton, Elsa Osorio, Cristina Peri Rossi, Teresa Porzecanski, Laura Riesco, Mayra Santos-Febre, Ana María Shua, Luisa Valenzuela, Ana Vásquez Bronfman y Virginia Vidal.

A juicio de Nicha, una escritora debía escribir sobre hoy y sobre ayer: “Escribir sobre las mujeres de mi generación que éramos tan secretas y no nos juntábamos a discutir nuestros problemas. Pero con todas las fallas, la nuestra fue una generación honesta y en la militancia estaba todo lo respetable. Estábamos engañados, pero no estábamos mintiendo. Estoy con Sartre cuando dice “hay que tener la audacia de equivocarse”. La época de hoy es muy dura, de transición, de afirmación de la propia identidad”.

Mujer delgada y sencilla, de ojos grandes y claros, con enorme capacidad para oír y observar, dice: *“Me costó aprender a leer. Aprendí en el OJO. Llegué al “perro” y no podía avanzar. Creo que el primer libro que me conmovió fue El Conde de Montecristo. Cuando en Marsella divisé el castillo de If, no pude resistir y fui hasta allá y vi las mazmorras del abate y de Edmundo Dantés, con profunda emoción, aunque sabía que no eran de verdad. Me cuesta expresarme hablando: mi modo de expresión más natural es la escritura.”*

Felizmente casada y madre de siete hijos, sin contar nietos, ha sabido organizar su vida repartiéndola entre el hogar, el trabajo y la escritura. Su labor literaria no la reduce a su propia escritura, pues también se preocupa de divulgar el trabajo de otras, como lo revela el conjunto de cuentos por ella recopilado y publicado en *Las mujeres del cono sur escriben*, con prólogo de Rubén Bareiro Saguier (Nordan, Buenos Aires Estocolmo, 1984).

—¿Cuándo empezaste a escribir?

“Siempre escribía mucho, pero nunca se lo mostraba a nadie por una especie de miedo de escribir cosas baladíes, superficiales. Tenía varias novelas quedadas a medias con dos o tres capítulos, algunos cuentos de la vida inspirados en mi trabajo. Aproveché los días siguientes al golpe para quemarlo todo. Conste que no culpo al golpe: lo quemé de insegura.”

—Ana, h́ablanos de *Los búfalos, los jerarcas y la huesera*, tan mal vista por todo el exilio chileno que no podía aceptar la percepción testimonial y sin la menor idealización de los refugiados en una embajada inmediatamente después del golpe de 1973.

“Esta novela nació en la Embajada de México, mientras estaba asilada. Siempre me había impresionado algo que les ocurrió a Simón de Beauvoir y a Sartre cuando, a comienzos de 1939, estaban conversando en un café sobre sus vidas y llegaron a la siguiente conclusión: “Ya lo hemos vivido todo y no nos queda nada por ver”; poco después estalló la guerra. La embajada fue un poco eso: no pasaba por la militancia ni la idea; era la sobrevivencia. Me impresionó mucho lo que iba pasando y lo empecé a escribir como testimonio. En mi inseguridad, les iba contando lo escrito a algunos compañeros. Me llamó la atención cuando empezaron a pedirme cada día que les contara lo último: “¿qué va a pasar”, preguntaban. Esto me estimuló. Al fin, estuvo escrita. No se podía publicar en Chile. En Francia, un francés me hizo enviarla a una editorial de Lyon que se había caracterizado por editar libros de españoles durante el franquismo, y a los seis meses la había aprobado. Yo no tenía idea de que publicar no es fácil. Hasta me habían dado un anticipo cuando me arrepentí, pensando: nadie me va a hablar, voy a perder todos mis amigos. La editorial no me lo permitió. En la edición francesa sale el postfacio con el diálogo que tuvimos en una reunión donde un chileno me dice que publicarla no ayuda, que tenemos que escribir libros que impulsen la

resistencia (después, de vuelta, en el tren, pensé: ¿Pero cuál resistencia? Si no hay resistencia, sino un desbarajuste). Al fin, salió en francés como *Les bisons, les bonzes y le dépôt* (1977), y sólo diez años después vio la luz en castellano (Galinost, 1987). Sigo pensando que no se pueden ocultar divergencias y fallas como lo dije entonces: el mejor medio para no volver a repetir nuestros errores es reflexionar sobre ellos, analizarlos con honestidad. Yo creo que la verdad es siempre revolucionaria, así no sea la verdad de nuestros errores. ”

—¿En qué te inspiraste para mostrar la traición en *Abel Rodríguez y sus hermanos*?

“En esta siguiente novela, partí de una historia real: un hermano delata a otro y lo manda a prisión. Cómo vive el delator, cómo se acepta moralmente, lo pensaba como psicóloga y me costaba entender. Vivía en las afueras de París y en esos largos viajes en tren no podía escribir, pero lo escribía en la cabeza y me costó mucho. Lo publicó la *Gaya Ciencia* en 1989, y como era en España, ni siquiera pude corregir las pruebas. También lo publicó *Des Femmes* en francés. Iba a las reuniones de Amnesty International y presentaba este libro. Cuesta asimilar que una dictadura abona el terreno para que emerjan pasiones que normalmente están controladas, se podría decir, latentes. Después lo publicó aquí en Chile Melquíades, pero pasó sin pena ni gloria”.

—¿Cómo fue la relación con tu hijo Cacho, coautor de *Sebasto's angels*?

“Ahora, Cacho está aquí, es poeta, compositor y cantautor. Esta novela sólo fue publicada en francés en 1985. Refleja la rebelión de los hijos de exiliados no dispuestos a vivir subyugados por los iconos, ritos y mitos de sus padres. Fue una aventura de a dos. Me cambió la relación con mi hijo y dejé de ser autoridad. Un día lo reconvine y él me salió con un: “Mira, mamá, uno no puede tener dos casquetes: o eres mamá o eres coautor. Después de todo lo que me has dicho y has hecho como coautora...”(hasta me había enseñado a fabricar pitos). Me corté, pero le hallé la razón”.

—En *Mi amiga Chantal* (Lumen,1991) es admirable tanto la compleja historia de amor de esa patética francesa sin “glamour” que viene a trabajar a Chile, como la relación literaria de la reforma universitaria con los indicios proféticos de lo que vendría, sumada al desgarramiento de una chilena de origen judío que debe partir al exilio con su numerosa prole, siendo hija de sobrevivientes de *pogroms* que creyeron hallar en nuestro país el anhelado territorio de paz y seguridad para fundar su familia.

“Siempre hay una base real sobre la cual inventar fábulas. Inolvidable esa mujer con voz de pito, con su historia de amor deschavetada, fuera de las normas sociales. Esa historia la refabulé. Me han dicho que escribo muy político: no podía ser de otro modo. Yo estaba escribiendo una historia de amor y no creí que iba a salir eso...”

—Imposible no aludir al ensayo *La maldición de Ulises*, repercusiones psicológicas del exilio (Sudamericana, 1988).

“Bueno, este ensayo fue escrito en colaboración con la argentina Ana María Araujo, que entrega muy completa y documentada información sobre traumas provocados por la tortura y el desarraigo, muchos irremediables. Son casos muy dolorosos de chilenos y sudamericanos que llegaron muy mal a Francia y que allá fueron tratados”.

—*Los mundos de Circe*, (Sudamericana, 2000) te ha permitido mostrar a un personaje femenino que no sólo fantasea sino que también realiza la fantasía erótica, convirtiendo cada encuentro amoroso en una orgía admirable por su sorprendente imaginación.

“Y también he proyectado como asunto literario algunos aspectos de mi trabajo de investigación científica, teniendo a la vez la mitología como raíz y motor”.

—Tu heroína es una mujer mayor, pero esto no se nota nunca, porque en su pensamiento y actuación se revela joven, pícara y audaz. En el transcurso de esta aventura de dos sudamericanos en París prevalecen junto con la picardía y la desinhibición sexual, el amor y la solidaridad de la mujer con su pareja y nunca tu espíritu crítico inviste a tus personajes de pedantería.

“Por el contrario, muestro a mis personajes con sus debilidades, reciedumbre, dudas, frustraciones, mayor o menor simpatía y, sobre todo, con un inmenso amor a la vida. El meollo es este impulso vital. Ya va siendo hora de perder junto con el miedo a la muerte el miedo al amor y al sexo; el sexo aun cuando ya no se está en edad de la reproducción”.

—¿Por qué los contratiempos y frustraciones no amargan a la protagonista ni le anulan su fantasía, pese a ser una mujer mayor, de la cuarta edad o “senior”, con una sexualidad intensa y una rica vida interior?

“De algún modo he querido expresar literariamente la sexualidad. El uso de la sexualidad en el cine es la contrapartida a la sexualidad en general. Se abusa de la violencia: rasgar ropas, rodar por el suelo, agredir. La bella imagen visual se contradice con la realidad en lo emocional y sensorial: una distorsión que entra en las costumbres. Por otra parte, he aplicado también la experiencia lograda con las investigaciones científicas en el tema de los adultos de la cuarta edad y su sexualidad. Si son vigentes los mitos heroicos, hay que derribar mitos y tabúes impuestos sobre la gente mayor que tiene un poderoso deseo de vivir”.

—¿Por qué elegiste a Circe entre los personajes mitológicos?

“Mi protagonista Circe fantasea y escenifica la fantasía; no es terapia, porque se mete en su propio juego y protagoniza su orgía secreta. Es cierto que a veces hace teatro y termina creyéndoselo. Creo que Circe empezó a gestarse cuando yo daba conferencias sobre Ulises. A nadie le gustaba Penélope: no es un personaje en el que alguien se quiera encarnar. Una mujer me dijo: “Me gusta Circe, me gustaría ser bruja”. Quise mostrar a una mujer sola y autónoma, de esta época, que crea su propio espacio para desarrollar su fantasía. En Europa, el treinta y ocho por ciento de los hogares son unipersonales y no se considera esto como algo que tenga que darle pena a los demás. Se trata de la soledad como elección. Claro que lo del espacio no es fácil, porque allá los espacios son chicos. Por cierto, nadie inventa nada totalmente. Conozco a muchas mujeres, tengo muchas amigas que le hacen pelea a la vida. Hay harta experiencia para saber qué hacen, cómo se las arreglan para vivir mejor. Es divertido el desafío, el incursionar en el anhelo de querer vivir. La gente quiere vivir. También quise romper con el esquema de que el hombre debe ser mayor, el iniciador, mostrar a la amante fuera de la domesticidad. Circe es un personaje deformado por la historia y la leyenda, pero es liberadora. Se opone a mantenerse fijada en formas de opresión, a diferencia de los hombres que son más conservadores que las mujeres, porque les conviene más”.

¿Qué raíces tiene tu impulso de escribir?

“Cuando chica, estuve un año sin hablar. No podía abrir la boca después de la separación de mis padres. En general, me cuesta hablar. Es distinto al hacer clases. Escribir es mi posibilidad de expresarme, de pensar y de conocer. Las ideas se van y vienen, tengo que ponerlas en el papel o si no se me escapan. La literatura te da una dimensión más profunda que la entregada por la ciencia. La intuición también es una forma de conocimiento que tú no tienes organizada y que puedes expresar en la literatura. Realmente escribo para conocer los sentimientos, la realidad, eso que Freud dice que está debajo de las apariencias, de las promesas, de los autoengaños, de la imagen que se quiere proyectar. Escribir obliga a pensar”.

—¿Siempre quisiste ser escritora?

“Yo quería ser pintora y cuando salí del Manuel de Salas, estudié pintura en Bellas Artes. Amaba mi oficio. También me titulé de profesora de francés. Ya casada, con hijos y haciendo clases, mis pinceles y mis óleos se fueron secando. Iba postergando la pintura, la iba dejando y no me sentía bien. En 1964 fui a Cuba y ese viaje tenía para mí un tremendo significado, porque Cuba era el faro, la gran esperanza. Al año siguiente, obtuve una beca en Francia y me fui con toda mi familia a estudiar psicología. Mi familia incluye a mi mamá (*) María, o si no, no estudio. Volví el 67, me presenté a un concurso y saqué el cargo de profesora de psicología evolutiva del niño en la Universidad de Chile. Entré a trabajar con toda la pasión de esa época donde nos entregábamos al gran proyecto de cambiar la vida”.

—¿Por qué fuiste con tu mama a París?

“Ella me crió, cuando era chica la quería tanto que le dije que se fuera conmigo cuando yo fuera grande y tuviera hijos. Guiada por alguna de mis lecturas, la hice jurar con sangre y ella aceptó. Jubilé hace tiempo, ahora tiene noventa años y la voy a ver cada vez que vengo a Chile. Ella es una mujer muy preparada, proviene de una familia de españoles llegados con los conquistadores que perdió las tierras, pero muy orgullosa de su linaje. Vivían en un campo aislado, apenas sacaban para comer, su padre entró de obrero y ella se empleó en mi casa. En realidad, yo debiera firmar mis libros también con el nombre de ella. Después se fue conmigo al exilio. Creo que he escrito por su ayuda”.

—¿Por qué la emigración y el exilio son tus temas recurrentes?

“Mi madre llegó con sus padres en la primera migración, a consecuencia del *pogrom* de 1903 en Rusia. Después se vino la familia de mi padre, pero se devolvieron porque se sentían rusos y muy ajenos a la realidad latinoamericana. Afrontaron tremendas violencias y persecuciones. Con motivo de la guerra ruso-japonesa, los judíos fueron culpados de muchas cosas, hasta de comerse a los niños, tal fue la tragedia de un modesto carnicero, víctima de una especie de caso Dreyfus. También se los discriminó para ingresar en la enseñanza superior, el “*numerus clausus*”; pero mi padre terminó muy bien el gimnasio y fue admitido. En eso, se produjo la muerte del archiduque

austríaco en Sarajevo y el abuelo presintió lo que venía y mandó de inmediato a su hijo a América, donde un tío fabulador que escribía fantasías. Una abuela mágica le dio su samovar. Pasó algo dramático: el barco en que venía mi padre fue torpeado y echado a pique, pero de manera irracional, fue rescatado mientras sujetaba el samovar... ¡Ese samovar lo tengo! Cuando vas de visita en Francia, no hay quien no tenga un mueble antiguo, un jarrón, un cuadro, algún objeto muy valioso de sus antepasados, pero yo tengo el samovar. Es una raíz muy extraña mi herencia”.

—¿Vas a escribir todo esto?

“Una novela que estoy engendrando por mucho tiempo tiene que ver con la historia de esta migración y también la migración interna de acá: el caso de mi mamá. Me han dicho que en mis libros yo nunca dejo la política. No sé cómo se podría dejar. Hay que escribir sobre hoy y sobre ayer. Escribir sobre las mujeres de mi generación que éramos tan secretas y no nos juntábamos a discutir nuestros problemas. Pero con todas las fallas, la nuestra fue una generación honesta y en la militancia estaba todo lo respetable. Estábamos engañados, pero no estábamos mintiendo. Estoy con Sartre cuando dice “hay que tener la audacia de equivocarse”. La época de hoy es muy dura, de transición, de afirmación de la propia identidad”. ***

(*) Mama sin acento, como se decía en Chile a la mujer que criaba los hijos de otra.